

Franz Kafka  
CUENTOS DE ANIMALES

Posfacio de Reiner Stach

Traducción del alemán  
de José Rafael Hernández Arias  
y Luis Fernando Moreno Claros

arpa

## ÍNDICE

Chacales y árabes	9
El nuevo abogado	15
Un cruce	17
Un informe para una Academia	19
Esbozos de «Un informe para una Academia»	33
El buitre	39
Pequeña fábula	41
En nuestra sinagoga	43
Investigaciones de un perro	49
La madriguera	101
Josefina la cantante o el pueblo de los ratones	149
Posfacio de Reiner Stach	173



## CHACALES Y ÁRABES

Acampábamos en el oasis. Los compañeros dormían. Un árabe, alto y blanco, pasó junto a mí; había atendido a los camellos y se iba a su lugar de reposo.

Yo me tumbé de espaldas en la hierba; quería dormir; no podía; el aullido lastimero de un chacal en la lejanía; me senté otra vez. Y lo que había estado tan lejos de pronto estuvo cerca. Un enjambre de chacales me rodeaba; ojos que refulgen como oro mate y se apagan; cuerpos delgados, moviéndose al compás ágilmente como bajo un látigo.

Uno vino por detrás, se apretó estrechamente a mí, pasando bajo mi brazo, como si necesitara mi calor, después se situó delante de mí y habló, casi cara a cara conmigo:

«Soy el chacal más viejo a lo largo y ancho. Estoy contento de poder saludarte todavía aquí. Ya casi había perdido la esperanza, puesto que hemos estado esperándote durante un tiempo infinitamente largo; mi madre ha esperado y su madre y todas las demás madres hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Créelo!».

«Esto me asombra», dije, y olvidé prender fuego al montón de leña que ya estaba preparado para mantener

alejados a los chacales con su humo. «Esto me asombra mucho oírlo. Solo por casualidad vengo del lejano norte y mi viaje será breve. ¿Qué es lo que queréis, chacales?».

Y como animados por esta solicitud, quizá demasiado amable, estrecharon más su círculo en torno a mí; todos respiraban jadeantes.

«Sabemos —comenzó el más viejo— que vienes del norte, precisamente en eso se cifra nuestra esperanza. Allí está el entendimiento que aquí no puede encontrarse entre los árabes. De esa fría arrogancia, sabes, es imposible obtener ni una chispa de entendimiento. Matan animales para comérselos, y desprecian la carroña».

«No hables tan alto —dije—, duermen árabes cerca».

«Eres realmente un extranjero —dijo el chacal—, si no, sabrías que nunca en la historia del mundo un chacal ha temido a un árabe. ¿Deberíamos temerlos? ¿Acaso no es ya demasiada desgracia que estemos abandonados entre semejante pueblo?».

«Puede ser, puede ser —dije—, no emito ningún juicio sobre cosas que me son tan lejanas; parece ser una lucha muy antigua; estará en la sangre; así que tal vez solo termine con la sangre».

«Eres muy listo —dijo el viejo chacal; y todos respiraron más deprisa; con pulmones agitados, pese a que estaban allí inmóviles; un hedor amargo, por momentos solo soportable con los dientes apretados, emanaba de las fauces abiertas—». «Eres muy listo; eso que tú dices se corresponde con nuestra vieja enseñanza. Así que les quitaremos su sangre y la lucha finalizará».

«¡Oh! —dije con más vehemencia de la que quería, «se defenderán; os dispararán con sus escopetas y os matarán en manadas».

«Tú nos malinterpretas —dijo—, según costumbre humana, que, por lo visto, tampoco se pierde en el lejano norte. Desde luego que no los mataremos. Tanta agua no tendría el Nilo para lavarnos y limpiarnos. Ya solo ante la simple visión de sus cuerpos vivos salimos huyendo a un aire más puro, al desierto, que por eso es nuestra tierra».

Y todos los chacales en derredor, a los que entretanto aún se habían agregado muchos más llegados de lejos, hundieron las cabezas entre las patas delanteras y se las limpiaron con las garras; era como si quisieran ocultar una repugnancia, que era tan terrible, que me hubiera gustado huir de su círculo dando un gran salto.

«Entonces, ¿qué tenéis intención de hacer?», pregunté e intenté levantarme; pero no pude; dos animales jóvenes me tenían aferrado por detrás, mordiéndome la chaqueta y la camisa; tuve que permanecer sentado. «Te llevan la cola —dijo el viejo chacal gravemente a modo de explicación—, una muestra de respeto». «¡Tienen que soltarme!», grité, volviéndome tan pronto hacia el viejo como hacia los jóvenes. «Naturalmente que lo harán —dijo el viejo— si tú lo exiges. Pero durará un poquito, puesto que según la costumbre han mordido profundamente y primero tienen que separar lentamente las dentaduras. Entretanto oye nuestro ruego». «Vuestra conducta no me ha hecho ser muy receptivo para eso», dije yo. «No nos hagas pagar nuestra torpeza

—dijo, y por primera vez recurrió como ayuda al tono lastimero de su voz natural—, somos pobres animales, solo tenemos la dentadura; para todo lo que queremos hacer, lo bueno y lo malo, lo único que nos queda es la dentadura». «¿Qué es lo que quieres?», pregunté, no muy calmado.

«¡Señor!», exclamó, y todos los chacales aullaron; muy remotamente me pareció como si eso fuera una melodía. «Señor, debes terminar con la lucha que divide el mundo. Así como tú eres han descrito nuestros mayores a aquel que lo hará. Paz tenemos que tener de los árabes; aire respirable; limpia la vista de ellos en toda la circunferencia del horizonte; ningún balido lastimero de un carnero que el árabe degüella; en paz debe reventar todo bicho viviente; sin molestias debemos saciar en él nuestra sed hasta dejarlo seco y limpio hasta los huesos. Limpieza, nada más que limpieza, es lo que queremos. Entonces todos lloraron, sollozaron. «¿Cómo soportas tú este mundo, tú, noble corazón y dulce entraña? Sucio es su blanco; sucio es su negro; un horror es su barba; hay que escupir ante la visión de su rabillo del ojo; y si alzan el brazo, se abre el infierno en su axila. Por eso, ¡oh, señor!, por eso, ¡oh, caro señor!, con ayuda de tus manos todopoderosas, con ayuda de tus manos todopoderosas, ¡rebánales el cuello con estas tijeras!». Y siguiendo a un movimiento de su cabeza, se acercó un chacal que trajo en un colmillo una pequeña tijera de coser cubierta de viejo óxido.

«¡Salió por fin la tijera y con esto se acabó!», gritó el guía árabe de nuestra caravana, que se había acercado

a nosotros contra el viento y ahora blandía su látigo gigantesco.

Todos huyeron de prisa, pero se quedaron a cierta distancia, agazapados muy juntos, tantos animales, tan apiñados y rígidos que parecían un pequeño redil rodeado de fuegos fatuos.

«Así que también tú, señor, has visto y oído este espectáculo», dijo el árabe y rio tan jovialmente como se lo permitía el carácter reservado de su pueblo. «Así que, ¿tú sabes lo que quieren los animales?», pregunté. «Naturalmente, señor —dijo él—, pero si es de todos conocido; mientras haya árabes esas tijeras errarán por el desierto y seguirán errando con nosotros hasta el fin de los días. A todo europeo se las ofrecen para la gran obra; todo europeo es precisamente aquel que les parece ser el elegido. Esos animales tienen una esperanza absurda; locos, verdaderos locos es lo que son. Por eso los queremos; son nuestros perros; más hermosos que los vuestros. Mira, un camello murió anoche, he mandado que lo traigan aquí».

Vinieron cuatro porteadores y arrojaron el pesado cadáver delante de nosotros. Apenas yació allí, los chacales elevaron sus voces. Como si arrastraran irresistiblemente a cada uno de ellos con una soga, iban acercándose titubeantes, con el cuerpo pegado al suelo. Habían olvidado a los árabes, olvidado el odio; la presencia del fuerte olor que emanaba del cuerpo, que todo lo diluía, los cautivaba. Ya colgaba uno del cuello y encontró con el primer mordisco la arteria. Como una pequeña bomba frenética, que de manera tan obstinada como inútil